

# La formación de los médicos: el pensamiento de Eugenio Espejo

Francisco Huerta Montalvo

The training of doctors: thought of Eugenio Espejo.

Conferencia realizada durante la sesión solemne de la Asociación de Médicos del Hospital de Infectología de Guayaquil en Conmemoración por el Día del Médico Ecuatoriano, el 20 de Febrero del 2013.

Gran honor me hace José Zaporta al invitarme a participar en esta actividad conmemorativa del Día del Médico Ecuatoriano. Gran honor producto de la amistad que me permite una crítica cordial: el Hospital de Infectología se honra con el nombre de José Daniel Rodríguez Maridueña, mi inolvidable maestro en los días del INH Leopoldo Izquieta Pérez, (donde tuve el placer de compartir trabajos con nuestro estimado amigo Ramón Lazo, aquí presente). Conviene mantener ese nombre en todas las actividades vinculadas al Hospital, no sea que como ocurre con el Instituto, a determinado vanidoso se le ocurra rebautizarlo.

El doctor Rodríguez Maridueña, valga recordarlo hoy, fue paradigma de médico investigador de esos que al decir de Espejo permiten no dudar, que “el arte es saludable y necesario a la humanidad; que el médico bueno es don inestimable que hace el cielo al lugar donde le quiere poner”.

“Trato pues señores”, dice el precursor, “de dar muy por mayor una idea del médico instruido, para que se conozca en contraposición, cual es el falso o imperito”. Y añade: “Ojalá me fuera posible tratar esta materia con la extensión que ella demanda y es necesario para Quito. Desde luego me figuro”, agrega, “que haría un gran servicio a la República, especialmente si añadiese el método que en esta ciudad podría observarse para aprender la medicina”.

Y brinda a continuación una especie de clase inaugural que debería ser tal en la práctica de todas nuestras escuelas de medicina: “Antes de llegar al estudio de ésta debe, el que la quiera profesar, entrar en tarea literaria, por una especie de vocación, que inspira el genio o cierta vehemente inclinación a profesar en medio de las ciencias y artes, unas más bien que otras. Esta inspiración secreta demuestra, en el joven que la percibe un principio luminoso de discernimiento. Y por el ya se puede prometer él mismo la cadena feliz de sus conocimientos; y el público, la esperanza de lograr en él un buen profesor”.

Enfatizando en la necesaria vocación y el talento adecuado en quienes se deciden por los estudios médicos, continúa el Padre Intelectual del Ecuador:

“A los talentos se sigue la educación. Por más excelentes que sean las potencias animales de algún gran genio, es preciso que ellas sean cultivadas, pulidas y amoldadas por la enseñanza. De ordinario son más perniciosos a la sociedad los buenos talentos sin doctrina, que las almas de plomo en su natural inercia”.

Continúa el zapador de la colonia destacando la importancia de conocer otras lenguas, especialmente aquellas en que están escritos los textos fundamentales, latín y griego por entonces y también el francés, el inglés y el alemán (inglés, francés y alemán ahora, tal vez también chino, más precisamente el mandarín estándar) y rotundo establece: “Médicos en romance no son médicos, porque para decir limpiamente la verdad, nuestra Nación, aún no ha ministrado obras útiles de medicina en su propio idioma”.

(Bien hace Espejo en cuidarse con el aún que luego desde España nos llegarían los textos de Marañón, Jiménez-Díaz. Mira López, Botellas, Pedro Pons, Ramón y Cajal, Farreras, etc.).

Insiste a poco en que “detrás del conocimiento de las Lenguas viene la instrucción de la buena Lógica y las reglas de la Retórica. Con la primera sabrá lo que son las ideas, y su origen, conocerá las potencias del alma, y sus usos tan distintos: verá lo que es razonamiento, lo que es verdad, lo que es crítica, opinión, escepticismo; con la segunda aprenderá a hablar correctamente, pondrá los racionios bien colocados, las palabras con aptitud y proporción, las clausulas con cadencia, un discurso y una oración con armonía, propiedad, elegancia y precisión, caracteres sublimes, pero que constituyen la verdadera elocuencia, sin ella ya se ven los razonamientos monstruosos, que nacen de los labios de los hombres; de manera que a veces, sea que muevan la lengua, sea que tomen la pluma a la mano, no se ven ni se oyen sino las ignominias de nuestra educación: las

certificaciones médicas, las consultas por escrito y de palabra dichas y escritas con estilo bárbaro, con voces exóticas y horribonas. Todas estas manifestando la falta de verdadera Lógica y de la buena Retórica entre los falsos médicos”.

Por el estilo, sigue Espejo discurriendo sobre la falta de los buenos textos y cita a libros y autores que considera fundamentales y luego, volviendo a dejar volar su espíritu crítico, con una inocultable dosis de vanidad, inquiere: “Lo que debo hacer ahora es preguntar ¿si hay mucho ni poco de esta noticia literaria en Quito?. Es tal la pobreza de esta y la de los libros buenos, que por casualidad se encuentra alguno razonable. Prueba de esto y de lo que he afirmado de la necesidad que hay de la anticipada noticia de autores que debe tener el estudiante, es la siguiente historia. Conozco a un profesor público que, cuando estaba en los principios de su estudio médico, no tenía más que a Rivera, pobrísimo autor de nuestra nación en sus instrucciones, más ese tomo no era suyo, y por lo mismo, se veía en la obligación de transcribirlo de su propio puño.

Pero este mismo estudiante que no tenía ni siquiera idea de que había otro orbe planetario de mundos innumerables, en línea de literatura, díjome a mí (que burlaba alguna vez su pérdida de tiempo en librejo tan inútil) que “no había cosa mejor que la Quinta Esencia Médica de Rivera” “¡Qué tal afrenta de nuestros progresos literarios! ¡Qué tal medicina la nuestra!”.

“Sea lo que fuere”, añade, como reponiéndose, “con el conocimiento de los buenos autores, es bien que el estudiante busque un maestro que de viva voz le dirija, que haga de catedrático, que le diseñe las materias, que le ponga a la vista la necesidad de aprender de memoria unas buenas instituciones médicas. Pero digo la verdad delante del Dios vivo que nos ha de juzgar, que no he visto un sujeto en tiempos anteriores que pudiera seguir esta dirección. Es verdad que conocí a un ex jesuita que alcanzaba estos principios y era el padre Ignacio Liro, alemán; pero no vi que este enseñara a ningún individuo de esta ciudad, sino no es que se diga enseñanza académica la asidua y perenne conversación física que tenía este con cierto filósofo quiteño, deseoso de tener entrada científica en los conocimientos humanos.

Pero a vuelta de esto, vi que el año de 1763, el hombre más inepto de toda la tierra, sin tintura alguna de medicina, sin un átomo de gramática latina, en una palabra; un empírico

desgraciado y desnudo de todo conocimiento, se atrevió a hacer de maestro de medicina; y con efecto, tomó a su cargo algunos estudiantes que no sabían por dónde ni quien los habría de gobernar. ¿Cuál sería su magisterio? ¿Y de estos, cuál sería su adelantamiento?. Puede considerarlo cualquiera que tenga un ápice de sentido común. Si no los concibiese bien, o dudase de esta verdad histórica, haga juicio por los efectos.

El tal buen maestro, pues, puso en manos de ese infeliz discípulo a Francisco Suárez de Rivera, autor español de la Quinta Esencia Médica; la peor obra de instituciones físicas que ha salido de pluma mortal. Es preciso ver esta obrilla ridícula, para hacer juicio de cuan despreciable y pernicioso es a la salud pública”.

Continúa de largo, don Eugenio con, la diatriba contra los malos textos y pasa raudo a la crítica de los exámenes. No los canso, Dejo para sus lecturas los sabrosos textos que cierran este capítulo sobre los falsos médicos y también sus célebres reflexiones.

Insisto en lo provechoso que sería instaurar una cátedra Eugenio Espejo en todas nuestras facultades de Medicina.

El espíritu siempre inquieto del duende colonial iluminaría el porvenir y dotaría de una condición superior a nuestros futuros discípulos de Esculapio.

Queda finalmente la propuesta de realizar, al menos, un próximo taller sobre educación médica, convocado por las facultades de medicina en homenaje al precursor de tantas cosas en nuestro país, precursor también de la calidad y la ética, el humanismo y los valores cívicos, en la enseñanza de la medicina.

Hoy, Día del Médico, permítaseme finalmente señalar como reflexión para el futuro, que entre otros valores y patrimonios que el Ecuador y especialmente nuestra querida ciudad de Guayaquil deben recuperar, están, en un claro primer plano, los referidos la gloria de sus grandes médicos, ejemplo de vidas consagradas a lograr un irremplazable acervo institucional a partir de un amplio prestigio continental y mundial. La Historia de nuestra medicina es otra clave a instalar en los procesos de enseñanza de la noble profesión de Alejo Lascano, de Julián Coronel, de Abel Gilbert, de Juan Tanca Marengo.

Muchas gracias por vuestra atención.

Artículo recibido: 01/Marzo/2013  
Fecha aprobado: 15/Marzo/2013



◀ **Dr. Francisco Huerta Montalvo.**  
Docente de la Facultad de Jurisprudencia  
Universidad de Guayaquil  
E-mail: huertaf@granasa.com.ec